

Libros editados por

LA REVISTA BLANCA

- EL INGENIOSO HIDALGO MIGUEL DE CERVANTES, de Han Ryner. 2'00 pesetas.
JESUS ES UN MITO, de Georges Brandés. 1'75 pesetas.
MI DON QUIJOTE, de Federico Urales. Dos tomos. 2'50 pesetas el tomo.
SEMBRANDO FLORES, de Federico Urales. Rústica, 2'75 pesetas. En pasta, 4'00 pesetas.
1'40 pesetas. En pasta, 2'00 pesetas. Ilustrado: en rúscos LOS GRANDES DELINCUENTES, de Federico Urales. 1'00 peseta.
LAS MARTIRES, de Federico Urales. 1'50 pesetas.
LA VICTORIA, de Federica Montseny. 2'00 pesetas.
EL HIJO DE CLARA, de Federica Montseny. 2'00 pesetas.
EL AVENTURERO DE AMOR, de Han Ryner. 2'50 pesetas.
CANTIGA DE MONTAÑA, de Elías García. 1'00 peseta.
FLOR DESHOJADA, de Federico Urales. 1'00 peseta.
LOS DEPORTADOS, de Charles Malato. 3 pesetas.
LA INDOMABLE, de Federica Montseny. 1 peseta.
MI VIDA, de Federico Urales. Tres tomos, 2'50 pesetas el tomo.
ELISEO RECLUS, de Max Nettlau. Dos tomos, 3 pesetas el tomo.
FUERZA Y MATERIA, de Luis Bückner. 2'25 pesetas.
PROBLEMAS TRASCENDENTALES, de F. Tarrida del Mármol. 2 pesetas.
EL AUTODIDACTA, de Han Ryner. 1'75 pesetas.
LAS GRANDES CORRIENTES DE LA LITERATURA EN EL SIGLO XIX, de Georges Brandés. Tomo I, 3 pesetas. Tomo II, 4 pesetas.
LAS DIOSAS DE LA VIDA, de Soledad Gustavo. 1 peseta.
JUAN SIN PAN, de Adrián del Valle. 1 peseta.
LA MULATA SOLEDAD, de Adrián del Valle. 1'25 pts.
*LA BARBARIE GUBERNAMENTAL, de varios. 3 pts.
*PENSAMIENTOS REVOLUCIONARIOS, de N. Estévez, recopilados por Mateo Morral. 0'80 pesetas.
*EL MUNDO BAJO LA TEMPESTAD, de Ledif Nitram. 4 pesetas.
LA EVOLUCION DE LA FILOSOFIA EN ESPAÑA, de Federico Urales. Dos tomos, 2'50 pesetas el tomo.
MI DON JUAN, de Federico Urales. Primer tomo, 2 pesetas.

Advertencia. — Los libros marcados con (*) solamente en rústica. De los demás tenemos en pasta, aumentando el precio en 1 peseta por volumen.

LA NOVELA IDEAL



C.D.H.S.-A.E.P.

AMIGO APROVECHADO

Dirección por LUISA LESA ACÍN

de Ricardo Peña. — 408. *Entre suegra y nuera*, de Federico Urales. — 409. *Aurora de amor*, de Libertad del Bosque. — 410. *Venus de cabaret*, de G. López Pantoja. — 411. *Nueva aurora*, de Cristina Pérez. — 412. *¿Cuál de los dos es mi padre?*, de Federico Urales. — 413. *¡Maleantes!*, de Clemente Cimorra. — 414. *El último discípulo*, de Manoli a Gutiérrez. — 415. *Almas libres*, de Valentín Obac. — 416. *La hija del pueblo*, de Federico Urales. — 417. *Amor sin trabas*, de Salvador Cano. — 418. *¡Proletario!*, de M. Herrera F. — 419. *Los héroes del amor*, de Juan González Massó. — 420. *La mujer del condenado*, de Federico Urales. — 421. *Blanca*, de Juan Baldreny. — 422. *Una historia de amor*, de Celia Morales. — 423. *Floreal*, de Juan de la Flor Burgos. — 424. *Luz a los veinte años*, de Federico Urales. — 425. *Memorias de un médico*, del Dr. J. Serrano. — 426. *La mancha de sangre*, de Angela Graupera. — 427. *Ariel*, el aventurero, de Máximo Hamleton. — 428. *Su vida es mía*, de Félix León Vicente. — 429. *Violeta*, de Miguel Beltrán Alomar. — 430. *Blancaflor y Enrique*, de Federico Urales. — 431. *¡Patriotismo!*, de Francisco Moles y Güell. — 432. *Tribunal de amor*, de Ricardo Peña. — 433. *Trabajo, lucha y amores*, de Carlos Aleda. — 434. *Holo-causto sublime*, de Julio Morante. — 435. *Amor en venta*, de Federica Montseny. — 436. *Flor del barro*, de Manuel Andueza. — 437. *Una novela vivida*, de Dionisio Bertrand. — 439. *¡Apóstata!*, de Fernando Claro. — 440. *El hijo del general*, de Clemente Cimorra. — 441. *El vagabundo*, de Angela Graupera. — 442. *Aroma y Manuel*, de Federico Urales. — 443. *¡Soledad!*, de M. López Sánchez. — 444. *Vidas truncadas*, de Boris Queralt. — 445. *¡Yo no he matado a nadie!*, de A. G. Gilbert. — 446. *Cuando nadie nos vea*, de Federico Urales. — 447. *Ambiente fatal*, de Gabriel Pérez. — 448. *Amor vivificante*, de Hilario Ferrer. — 449. *Por una sola noche*, de Federico Urales. — 450. *Perdonar*, de José Navarro. — 451. *Su vida anterior*, de M. Badía Colomer. — 452. *Nada más que una mujer*, de Federica Montseny. — 453. *Estigma de esclavitud*, de Juan Durán Gómez. — 454. *La admirable vida*, de Antonio Estévez. — 455. *Memorias de un seminarista*, de Jacinto Torhyo. — 456. *Calvario*, de Federica Montseny. — 457. *¡Cuánto tarda hoy!*, de Federico Urales. — 458. *La hija del apóstata*, de Fernando Claro. — 459. *Los dos caminos*, de Angela Graupera. — 460. *Un sueño de amor*, de Juan Padreny. — 461. *Vencer es convencer*, de Francisco Orús. — 462. *Hemos nacido ayer...*, de Clemente Cimorra. — 463. *Bohemia*, de Diego R. Barbosa. — 464. *La flor loca*, de Federico Urales. — 465. *Mi mejor obra*, de José Aced. — 466. *Pasado, presente y futuro*, de Gabriel Pérez. — 467. *Camaradas y rivales*, de Cristino Pérez. — 468. *Las serpientes de mar*, de Federico Urales. — 469. *Vidas sombrías*, de Federica Montseny. — 470. *Ei amor y el ideal*, de Manuel Delgado. — 471. *El amor ante la farsa*, de Valentín Baldenebro. — 472. *Ni una mirada*, de Federico Urales. — 473. *Hacia otras tierras*, de Juan de la Flor Burgos. — 474. *Todo un caballero*, de Asunción Hernández. — 475. *Libre tierra del amor*, de Rafael López P. — 476. *La esposa del cacique*, de Federico Ura-

Luisa Lesa Acín

Amigo aprovechado



01626

PUBLICACIONES DE «LA REVISTA BLANCA»
 Administración: Calle Escornalbon (antes Guinardó), 37
 Teléfono: 51780. — Barcelona

Precio de subscripción: Un semestre, 6 pesetas
Extranjero: » 9 »

LA PRÓXIMA NOVELITA SE TITULARÁ

LA TRAGEDIA DE CASTILLEJA

DE FRANCISCO JAVIER DEL TORO

Comunicamos a los habituales lectores de *La Revista Blanca* que actualmente no se publica, como tampoco *El Mundo al Día*.

A nuestros lectores

Debido a la gran subida del coste del papel, motivado por las actuales circunstancias, y al aumento doblado en el franqueo de nuestros envíos, nos vemos obligados, muy a pesar nuestro, a aumentar el precio de venta de LA NOVELA IDEAL, siendo éste, desde el número 558, de 25 céntimos el ejemplar, con el 25 por 100 de descuento a los paqueteros.

UNIÓN GRÁFICA, Coop. Obrera. - Nueva de la Rambla, 45

C.D.H.S.-A.E.P.

Barcelona

Bajo el crepúsculo de aquella noche estival, iba apresuradamente, con pasos que querían ser largos, pero que en realidad eran breves cual saltitos de jilguero, por el Salón de San Juan, hacia la Plaza Tetuán, mirando a derecha e izquierda como si quisiera distinguir a alguien, una silueta, que por la ligereza de su porte casi podríamos asegurar era la de una muchacha joven, tal era la primera impresión al fijarnos en ella.

En su incesante mirar de un lado para otro, demostraba impaciencia e inquietud.

De vez en cuando, inclinaba su graciosa cabeza hacia atrás, para cerciorarse de que nadie la seguía. Por fin, en un poste de tranvía, el que venía a desembocar hacia la calle Cortes, con dirección a la plaza de toros Monumental, observó a alguien junto al mismo, que parecía esperar a una persona determinada.

Miró de nuevo en derredor para asegurarse de que no la seguían y, con el corazón acelerado, encaminóse hacia el lugar indicado.

— Sí. No se había equivocado. Era él.

Aproximóse al personaje, y dióle las buenas noches.

— ¡Por fin! — dijo Luis alargándole la mano —. ¡Cref que no venías!

— Perdóname; pero, ¡es tan difícil cumplir en mis circunstancias!

— ¡Oh, mi muñeca! Nada de perdones. No te censuro ni te recrimino. Sólo que, ¡temía tanto no verte más!

— ¡Tontuelo! No pienses en ello. ¡Ea, vámonos!

— Sí, vámonos. ¡Por dónde quieres que echemos?

— Por donde tú quieras, Luis. Pues ya sabes, que con tal de estar a tu lado, en cualquier lugar me siento feliz.

— ¡Azucena! Cuando te oigo hablar de esa manera me produces tal vértigo, que sin respetar punto ni curiosos, te cogería y te comería a besos.

— ¡Adulador! No me engañes, que yo soy muy confiada y creo demasiado en ti.

— ¡Convencida! ¡Tiranuela!

— Bueno: dejemos esto para luego. ¿Por dónde tiramos? Vamos por Cortes hasta llegar a Marina, y una vez allí, ya veremos.

Cogidos del brazo y muy pegados uno junto al otro, echaron a andar.

En actitud silenciosa, anduvieron algunos minutos. De pronto, Azucena, rompió el silencio:

— Oye, «Lisín», ¿hacia mucho rato que esperabas?

Luis, paróse. Miró a Azucena, y con esa expresión de cara que demuestra la complacencia de lo que ha hecho, respondió con acento que no daba lugar a dudas:

— Nenita mía. Tú sabes que es tan inmensa la pasión que por ti siento que, no sólo no tiene importancia lo que haya podido esperar, sino que esperaría una eternidad si preciso fuere.

— ¿De veras? — díjole Azucena mimosa.

— Como lo oyes — respondió Luis con ternura.

— ¿No adivinas cómo yo te quiero? ¿No te das cuenta de lo que yo sería capaz de hacer por ti?

— Sí, lo sé; lo veo en tus ojos, en tu proceder, en tu bondad infinita, y por eso me abandono confiada al refugio de tu pecho y a la tutela de tus nobles sentimientos. ¡Qué bueno eres!

Azucena, apoyóse con abandono en el brazo de él, recostando su linda cabecita sobre el hombro de Luis.

Con paso lento, seguían el camino.

La noche era serena. Bajo el manto azul del cielo, resplandecían miles de estrellas que, contemplándolas detenidamente, parecía iban a desprenderse de su bello manto, para saltar juguetonas sobre la tierra y alumbrar con su brillo la senda de aquel puro amor.

El airecillo vespertino y revoltoso, entreteníase, como un niño travieso, en desprender los negros bucles de la bien peinada cabeza de ella, para azotar con los mismos el bello rostro varonil de él.

El incesante cosquilleo del sedoso cabello y el cávido roce del cuerpo de Azucena, hacían que Luis se hallase en un estado de completa excitación.

Subyugado por la apacible calma de la noche y saturado por la dulce fragancia de Azucena, desprendió suavemente del brazo de ésta, y enlazándola por la cintura, aproximóla contra su cuerpo, y estrujando su boca con frenesí, absorbió con glotonería el sabor de sus rojos labios.

— ¡Bésame, Azucena, bésame! ¡Al pensar que tan

sólo tu contacto me enerva, me enloquece, y que no puedo gozar de tu cuerpo... que sólo he de conformarme con tus besos y tus caricias! ¡Tenerte entre mis brazos y no poderle decir: ¡eres mía!

— ¡Luis! ¡Ten resignación! No desesperes, y no pierdas la esperanza. ¿Qué sabemos lo que el destino nos reserva? ¿Acaso podemos predecir nuestra suerte? Cálmate y recurre a la fuerza de tu voluntad.

— ¡Ay, mi querida Azucena! Bien quisiera evitar todo esto; pero... ¿tú sabes el amargo sabor que vierte sobre mí? ¿No comprendes que nuestro sacrificio es superior a nuestras fuerzas? ¿Crees que esto se puede tolerar?

— ¡Luis, por favor! ¡Reprimete, o voy a creer que no me quieres! ¿Acaso has olvidado mi situación? ¿Preferes saciar tu deseo, a mi buena reputación? ¿Olvidas que yo no me debo a mí?

— Discúlpame, Azucena. No fué mi intención el ofenderte. Sólo lamento, amada mía, que no me comprendas. Que esta pasión abrasadora que me domina, y la cual muestro en momentos de exaltación, la interpretes en sentido contrario al que yo siento.

«Te explicaría, pero no me entenderías. Esos mal entendidos, dignidad y reputación, te tienen absorta, y te haces esclava de ellos. Si tu voluntad es esa, des-cansa tranquila, que jamás te indicaré otro camino a seguir. Azucena. Si alientas la creencia de que lo que me retiene a tu lado es la posesión de tu cuerpo, desde este mismo momento, me separo de ti para no volver más.

— Perdón, Luis. No quise ofenderte. Sé que me quieres y que tu cariño es desinteresado; pero... ¡Oh, no me hagas caso! ¿Me perdonas, «Lisín»? ¡Qué tonta soy! Es que yo... ¿sabes...? no quisiera dilinquir. Quiero ser digna. ¿Me comprendes?

— Sí, Azucena, te comprendo. Y bien: ¿qué es lo que tú entiendes por dignidad?

— No sé... Tú, ya sabes que no soy libre. Que no puedo disponer de mi persona. Que me debo a un hombre, mi marido, y que no debo darme a otro, mientras me cobije en el mismo techo que él.

— En todo lo que me dices, estoy de acuerdo, siempre y cuando ese hombre fuese un hombre y no un ser repugnante. ¿Qué beneficios has obtenido desde que os unió el destino? ¿Cuánta dicha y felicidad te ha proporcionado desde que estás en su compañía? Ninguna, ¿verdad? ¿Merece ese ser tu consideración?

¿Acaso la ha tenido él nunca contigo? ¿Crees tú, amada mía, que no he reparado (en nuestras cortas entrevistas), en tus muñecas magulladas, y en tus ojos enrojecidos por el llanto, causas producidas por los malos tratos de él? No quiero aconsejarte, ni proponerte; pero, yo opino, que el respeto y el honor, se le debe de guardar a quien se lo merece. Un personaje de tan «perfectas condiciones», tan sólo se merece, ¡el desprecio! ¡Lloras, nena mía? ¡Qué insensato soy! Cuando me pongo así, no miro lo que digo, y lo que es peor, daño tus fibras, hasta hacerte llorar. Perdóname, amor mío. Sé que te hago sufrir con estas cosas mías; pero es tan profundo mi amor que me encoleriza el pensar que perteneces a un hombre indigno de ti. Mírame, Azucena. ¿Me perdonas?

Azucena, levantó su linda cabeza, y clavó sus hermosos ojos negros y profundos, con una mirada llena de ternura, en los de su amado. No hablaban. ¿Para qué? Sus bocas unidas, respondieron con un largo beso, impregnado de placer.

Bajo el emparado de unas uvas y el cual servía para evitar que los rayos del Sol penetrasen en el regio patio de la torrecilla que habitaba Azucena, hallábase ésta empleada en la confección de primorosos bordados. Entregada por completo a su labor, parecía que las horas le transcurrían más ligeras. Sin embarque las horas le dirigía su mirada lánguida y lejana? ¿Quién hubiese sido capaz de transponer los umbrales de su pensamiento? ¿Recordaba, o bien pensaba en la actualidad? Quizá de todo un poco.

Azucena era casada. Por desgracia o por fortuna, la Naturaleza, no la había querido dotar con ningún hijo.

En la actualidad, contaba 25 años; pero, debido a su aspecto despejado y a su carácter jovial, ¿quién la hubiese dado más de los 18?

La viva expresión de sus ojos y su atractiva simpatía, eran lo suficiente para granjearse el afecto de cuantos la trataban. ¿Para qué detallar una por una sus dotes personales? Baste decir, que su trato era sumamente agradable, y eso es todo.

Si bien no era necesario describir su belleza, ¿por qué no hacerlo con su mérito espiritual y sus bellas cualidades? Azucena, poseía, como mujer de hogar,

los mejores dones que cualquier hombre comprensivo y amante de sus cosas, hubiese podido desear.

Era laboriosa, aseada, inteligente, desenvuelta, alegre y esclava de sus deberes.

Como esposa, dócil, cariñosa, sumisa y buena. Su proceder intachable y resignado, inspiraba, a la par que respeto, admiración.

Aun con eso, Azucena no era feliz. Un punto obscuro, ensombrecía su vida.

En el momento que nosotros la encontramos, parece que se obstina en recordar... todo lo desagradable de su infeliz matrimonio.

Después de una existencia reclusa y falta de actividad y llena de monotonía, al lado de los padres, a los 18 años, quedó huérfana de éstos, yendo a buscar el apoyo de un hermano y a cobijarse en su mismo techo.

Incompatibles los dos caracteres, la vida se le hacía insoportable. Varias veces, pensó en marcharse de su lado y vivir independientemente; pero, falta de valor y educada en las costumbres del hogar paterno, no se atrevía, por temor a la murmuración de las gentes. En estas mediaciones, le salió un pretendiente, que si bien le llevaba 20 años de diferencia, parecía un hombre correcto y razonable.

Al principio, rechazó la proposición; pero luego, bajo la insistencia de éste e inducida por los continuos disgustos que su hermano la originaba, aceptó la oferta, y sin ruidos ni ostentaciones se efectuó la boda.

Azucena, al casarse, no amaba a su marido; pero, prometió fidelidad, y juró ser la esposa leal.

Se propuso quererle, y reconcentrar todo su cariño, para hacerse digna de él.

Cinco años han transcurrido desde que se realizó la unión de Azucena, con Alfredo, su marido.

Cinco años de penas, lágrimas y cautiverio.

Ella, la buena, la dócil, la que sólo ansiaba dar caricias, la que entregó su suerte y su vida toda, a aquel hombre que aceptó por esposo; la que siempre había soñado en merecerse bajo la presión de unos brazos cariñosos, se encontraba junto a un ser despotista, frío, grosero y brusco.

A medida que el tiempo transcurría, notaba que lo que ella soñaba en convertirlo en cariño, se trocaba en asco y repulsión. Vivía con él, por rutina, por cobardía, por temor al qué dirán.

¿Cómo no ser así, al lado de un hombre que jamás se preocupó de proporcionar el menor soplo de felicidad a su mujer?

Durante los cinco años de su unión, Azucena había gozado del placer del amor. A pesar de usar de matrimonio, en su uso no halló jamás esa emoción que produce el contacto del macho con la hembra.

Y es que, Alfredo, hombre incapaz de comprender la naturaleza de la mujer, en sus modos semisalvajes, tan sólo procuraba el goce y el placer para él.

A pesar de ello, Azucena, como una gacela tímida, jamás se atrevió a objetar la menor queja. Siempre buena y abnegada, le entregaba su cuerpo como un cumplimiento del deber, cuando de ella solicitaba.

Algunas veces, estando en los brazos de su marido, sentía un algo, que en su ignorancia no acertaba a comprender. En su cuerpo juvenil y fragante, empezaba a florecer la llama del deseo; pero su esposo, ante el afán de satisfacerse él, nada le importaba el no darle a conocer el goce sexual a ella.

Aquella flor fragante y retozona, parecía que su sino era marchitarse sin haber gustado ese algo que da la Naturaleza y que, aunque no por vicio, cuando menos lo necesita todo mortal. Por si esto fuese poco, vivía casi secuestrada. Una verdadera esclava, quizá hubiese tenido más expansión y libertad que ella.

Cuántas veces, en su triste soledad, lloraba y pensaba que, para vivir como vivía, mejor hubiera sido quedarse soltera.

Sin saber por qué, una inmensa tristeza apoderóse de su ser. Languidecía. Su aspecto demacrado, demostraba extensamente su mudo sufrir.

La blancura de su tez (pues las rosas de sus mejillas habían desaparecido) hacía que sus ojos, negros como el ébano, resultasen mucho más grandes y profundos. Ella, de por sí alegre, ya no sonreía.

Vivía por vivir; pero no tenía apego a la vida. ¿Para qué, si no tenía un aliciente, una ilusión, para hacerla más llevadera?

Una mañana en que Azucena había ido a hacer la compra, encontróse con una amiga íntima, a la que no había visto desde que dejó el taller para casarse, en el cual trabajaban juntas.

— ¡Azucena! ¿Pero, eres tú?

— ¡Oh, querida Trini! ¡Cuánto tiempo sin verte!

¿Qué es de tu vida?

— La mía, por ahora, buena. ¿Y la tuya? Azucena no contestó; bajó los ojos, y dos gruesas lágrimas, amaron furtivas, sin atreverse a desprenderse de su cerco, por temor a ser indiscretas.

Trini, sorprendida, la interrogó con la mirada.

— ¿No eres feliz, Azucena? ¿Acaso tu marido...?

Azucena, ahogó un suspiro, y ya sin contenerse, dejó que sus lágrimas resbalasen libremente.

Contóle a su amiga (aunque no todos los pormenores), algo de su triste vida; su esclavitud, la falta de afecto y cariño, y su poco deseo de vivir.

— Mira, Azucena: no quisiera aconsejarte, ni me gusta mezclarme en la vida íntima de los cónyuges; pero tu caso, ¡tu caso es diferente! Tú eres una víctima de la tiranía de ese ser deforme; y tú no debes resignarte a vivir de esta manera, ni de aguantar sus impertinencias. Oye: ¿no sales a ningún sitio? ¿No frecuentas lugares, ni amistades?

— No, Trini, no me deja.

— ¿Cómo que no te deja? ¿Es que no eres lo suficiente capacitada para comprender lo que te pertenece y lo que no?

— Es que... ¿sabes?

— Sí, ya comprendo. Te tiene atemorizada, ¿no es eso? Pues bien: si me quieres creer a mí, toma otro procedimiento, o de lo contrario estás perdida.

— ¡Y qué quieres que haga?

— ¡Rebelarte, y hacer valer tus derechos! Eso es todo. Y ahora, amiga mía, sólo me resta decirte, que leas mucho, que los libros te enseñarán, a la par que conseguirán desprenderte de esa nube negra que cubre tu cabeza. Hasta la vista, Azucena. Y a ver si cuando vuelva a verte, encuentro tus ojos impregnados de alegría y no de amargura como los llevas ahora.

— Hasta más ver, Trini. Procuraré seguir tus consejos, aunque creo que ya es tarde.

— No es tarde; aun puedes llegar a tiempo. Y, ya lo sabes, esta vida es una lucha; y para vivirla, ¡hay que luchar!

Al regresar Azucena a su casa, su cerebro hervía. No podía sustraerse del pensamiento las palabras de su amiga Trini: «¡Rebélate! ¡Toma posesión de tus derechos!» — hablaba dicho —. ¿Qué hacer? ¿Cómo empezar? ¿No sería demasiado tarde?

En fin: fuera como fuere, aunque para ello tuviese que emplear la violencia, iniciaría la lucha.

Resuelta a modificar por completo su vida, se prometió para sí, proceder en pro de su defensa, y prepararse para el primer ataque.

Aquellas frases tan sencillas como enérgicas, habían cambiado por completo la ruta de su pensamiento. Ya tenía un motivo... para vivir.

El decaimiento, poco a poco, iba desapareciendo. La ilusión renacía, inundando su alma de luz y de alegría.

Las rosas de sus mejillas, aparecieron de nuevo. Sus bucles antes descuidados y ahora recogidos coquetamente, parecía que también participaban de la alegría de la dueña; pues, al menor soplo del viento, se removían juguetones, meciéndose sobre la nuca, en completo abandono.

Una noche, después de cenar, mientras Azucena recogía la mesa y ponía las cosas en orden, en su ir y venir, Alfredo la contemplaba. Con el ceño fruncido, iba repasándola de arriba abajo.

Azucena, dióse cuenta de la inspección de que era objeto, pero nada dijo. Como si no se hubiese dado cuenta, trajinaba de acá para allá, haciéndose la desentendida. Por fin, Alfredo, rompió el silencio. Con malos modos y mirada de traidor, amonestóle:

— He reparado, que de un tiempo a esta parte te acicalas más de la cuenta, y te tomas algunas libertades, que yo no te he dado. Y aquí, ¡ya lo sabes! ¡No se hace más que lo que yo ordeno!

— Bien, Alfredo: esto me lo esperaba; y, como no me hallas desprevenida, concédeme unos momentos, que voy a responderte. Te ruego, que aunque sólo sea una vez, te muestres atento conmigo.

Azucena, medio zalamera y segura de sí misma, empezó así:

— Escúchame: empezaré por decirte que, aunque relativamente sea verdad lo que me has dicho, no por ello he abandonado mis deberes, ni ha sido causa para que cuando tú me hayas pedido una cosa, ésta no haya estado a tu disposición, con sólo abrir la boca. Eso, lo primero. Y, en cuanto a lo segundo, si me tomo ciertas libertades, no creo que ninguna de ellas pueda ofenderte. Si desde un principio te hubieses acostumbado a ello, hoy no te vendría de nuevo; pero, por desgracia mía, no lo hice así, y esa es la causa de que hoy te sorprenda. Otros hombres, en tu lugar, vivirían satisfechos de poseer una mujer como la que tienes. No es que yo me crea ser un dechado de belleza

y perfección; pero, en cuanto a mujer esclava de sus deberes, ¡sí! ¡Me considero muy superior a muchas! ¿Qué quejas puedes echarme en cara, desde que compartimos la vida juntos? ¿Hallaste jamás tu hogar abandonado? ¿Solicitaste algo de mí, que yo, solícita y amorosa, no pusiese a tu alcance? ¿Oíste de mis labios la menor queja?

«¡Cuántas veces con el corazón sangrando por tu desamor y frialdad, me mostraba ante ti serena y cariñosa, para no darte a comprender el desencanto que me producía tu proceder! Cuanto más he hecho por acercarme a ti, más has procurado tú distanciarte de mí. ¡Oh, has sido y sigues siendo incomprensible! Parece sino que te hayas casado conmigo para tener una mujer que te sirva en todos los conceptos. Yo, tan ansiosa de caricias, de besos, de... ilusión, ¡qué desengaño! No, tú no te has preocupado de eso... de mí. No he visto en ti más que desprecios e indiferencia. ¿Para qué, para qué te casaste conmigo si sólo habías de hacerme una desgraciada?

«¿Para qué insististe tanto y tanto en que uniese mi vida a la tuya? ¿Para hacer de mí una piltrafa?

Azucena, viendo que Alfredo inclinaba la cabeza ante sus objeciones, acercábase mimosa y proseguía:

— Di, esposo mío: ¿por qué te obstinas en mostrarme tan lujurioso conmigo? ¿No ves que lo que yo deseo de ti es dulzura? ¿No notas en los latidos de mi corazón sus anhelos de cariño? ¿No comprendes que con tu modo de proceder me alejas de ti? ¿Crees que con esa hostilidad consigues nada en tu favor? ¡Ay, Alfredo! Muchas veces, ¡muchas!, he censurado a esas mujeres que, estando casadas, buscan otros amores fuera de su hogar; pero hoy, en lugar de censurarlas, a algunas, casi las compadezco, porque, con un caso como el mío, faltas de calor marital y lo suficiente débiles para comprender la realidad hasta consumado el hecho, no es nada extraño que lleguen hasta cierto extremo. ¡No todas poseen la fuerza de voluntad para resistir los empujes de la vida!

«¿Por qué no cambias tu actitud para conmigo? Si lo que tú deseas es hacerte respetar, no creas que de este modo adelantarás nada. ¿Olvidas el refrán de que «Más moscas se cazan con miel que no con hiel»? Yo, querido Alfredo, cuando me casé contigo, si bien no podía esperar juventud por tu parte, por lo menos esperaba tranquilidad, reposo y amor. Hasta la fecha, sólo he obtenido de ti tiranía en todos los sentidos

ION
HISTORICO - 50214
NA

de la palabra. Aclimatada al ambiente en que se deslizaron mis primeros días, al principio de nuestra unión creí que cuanto tú hacías estabas en el derecho de hacerlo, y yo, pobre sierva, en el de soportarlo. Ignorando lo que me pertenecía, acataba tus órdenes, obediendo el menor de tus mandatos. Tú, Alfredo, ¿cómo has pagado mi humildad y mi fidelidad? ¿Cuántas veces lastimaste mi dignidad al rechazarme, cuando, ansiosa de caricias, me acercaba a ti para arrullarme en tus brazos! ¿Tú comprendes que otra mujer en mi lugar hubiese resistido tanto tiempo esta situación? Y no obstante, yo puedo mirarte así, serenamente, sin rubor que pueda hacer bajar mis ojos. Pero hoy, hoy quiero que las cosas cambien. Aunque en mi cabeza restan todavía algunas sombras, hay suficiente paso para que entre la luz de la realidad. ¡Oh, los libros! ¿Qué buenos consejeros son! ¿Tú sabes lo que me han enseñado? Ellos tan silenciosos y discretos, me han dicho lo que es la vida.

«Esposo mío: sé que la vida no se compone de un hogar lujoso, ni de ostentaciones más o menos pomposas. Hay algo más, sí, y ese algo es el amor, ese amor que tú, con tu carácter agrio, no has permitido que germinara en mi corazón. Tú te obstinas en mostrarme huraño conmigo, y no obstante, me parece que me quieres. ¿Por qué no te muestras ante mí con el corazón desnudo y (puesto que nuestro sino es vivir juntos) hacernos la vida más agradable? Aun podemos ser felices. ¿No te da vergüenza, «pillín», el que te tenga que reprochar que durante el tiempo que llevamos juntos haya de agradecerme un solo beso que no fuese producido por la fiebre del deseo? Te soy franca, Alfredo: tus besos no te los he agradecido nunca, y te diré el porqué: ¿recuerdas tú alguna vez haberme venido a besar así como se besan los novios, los amantes, los matrimonios felices...? Besos improvisados, suaves, dulces. No, ¿verdad? Pues por eso no te los he agradecido; porque tú sólo me los has dado cuando yo te los he solicitado en un rato de lucimiento o los he recibido en el momento de tu goce sexual. Algunas veces, ofendida en mi interior por tu comportamiento, he hecho entre mí el firme propósito de mostrarme indiferente ante ti; pero mi carácter expansivo y comunicativo me ha hecho desistir de mi propósito, obligándome una vez más a reconciliar mis sentimientos con la tiranía de tu frialdad. ¿Hasta cuándo vas a poner a prueba las fibras de mi

corazón? Yo te suplico, Alfredo mío, que ante mi primera queja, modifiques tu actitud para con tu mujercita y colabores para aportar un poquito de felicidad a su triste y melancólica vida.

Alfredo, con la testa inclinada, escuchaba sin replicar.

Azucena, dándose cuenta del mutismo de su marido, tomó su cabeza con ambas manos, depositando un ardiente beso entre sus fríos labios.

Este, ante el contacto de aquella boca sazonada y fogosa, no pudo reprimir el empuje del deseo, y la estrujó contra su pecho, gozando de su cuerpo hasta quedar inerte por el paroxismo del placer. Por el momento, la paloma había vencido al gavián. Y se atrevió a pensar que aun podía ser feliz en el curso de su vida.

Todo esto recordaba Azucena en la quietud de la tarde, mientras sus manos hechas para acariciar, iban adelantando la primorosa labor.

Otro pensamiento vino a turbar su tranquilidad aparente: Luis. ¡Oh, cómo lo quería! Y él; ¡él sí que sabía quererla y respetarla! Pero, ¿podría continuar aquella situación? ¿No llegaría un día en que él le exigiera lo que ella no estaba dispuesta a conceder, aun deseándolo con el mismo fervor?

Había que vivir de la sociedad, aunque la sociedad cometiese los mayores despilfarros e injusticias...

Desde que Azucena tomó un poco de independencia (no toda, pues por no tener altercados se doblegaba bastante a su marido), recorría algunos lugares, todavía por ella ignorados.

Una tarde de caluroso verano, salió de su casa para abandonar por tiempo no precisado la capital y dirigir sus pasos hacia la quietud atrayente de la montaña, donde poder aspirar el suave aroma de los pinos y envolverse bajo las olas de la esencia del tomillo y el romero.

Con su libro bajo el brazo y su sencilla *toilette*, marchaba sobre sus pasos, deseosa de llegar al punto de partida para emborracharse a sus anchas en su lectura.

Como atavío personal, lucía una graciosa batita, que, ajustada a su talle delicadamente, mostraba la perfección de su línea esbelta. Bajo la suavidad de la tela, se dejaba adivinar los encantos de su figura grácil.

Unos senos menuditos y redondos se removían, temblorosos, obligados por el caminar nervioso y ligero.

La blancura de sus zapatillas, resaltaba ante el contraste del verde césped, que sus pies chiquititos iban alcanzando en su incesante caminar.

Por fin, en un lugar bastante retirado del bullicio de la capital y protegida por la sombra de un frondoso árbol, tendiéndose sobre la fresca hierba, para trasladarse al escenario de su novela y pasar a ser la fiel intérprete de la misma.

Llevaría una media hora escasa leyendo, cuando le pareció oír algún rumor, el que la obligó a levantar la cabeza y dirigir la mirada hacia el lugar de que al parecer provenía éste.

Tuvo un momento de sobresalto, pues, creyéndose sola, estaba en completo abandono, dejando al descubierto sus bien modeladas piernas y parte de los encantos de su bello cuerpo.

Apresuróse a poner sus ropas en orden, y con el rostro encendido por el sofoco, respondió a las buenas tardes que le habían dado.

Avergonzada y llena de rubor, no se atrevía a levantar la vista para mirar al que ante sí se hallaba.

— Perdón, señorita — díjole el recién llegado —. Comprendo que he sido algo inoportuno, pero... fué sin pensar... De todas maneras, no tiene usted por qué sonrojarse. No he visto nada. ¿Estamos?

Azucena aventuróse a mirar al que de esta forma le hablaba, y quedó gratamente sorprendida al contemplar tan perfecta silueta varonil.

— ¿Seré molesto si me aposento junto a usted?

No sabiendo ésta qué responder, limitóse a mirarle tímidamente y bajar de nuevo la testa, con un ademán que relevaba a un sí.

Aprovechando tan gentil respuesta, acomodóse lo mejor que pudo a la vera de Azucena, a la que miraba con una insistencia provocadora.

Aturdida, rehuendo encontrar sus ojos con los del hombre, permanecía inmóvil con el busto inclinado hacia el suelo. Era la primera vez desde que cometió la tontería de casarse, que entablaba conversación directa con un hombre que no fuese su marido.

No es que la hubiesen faltado ocasiones para ello; pero, temerosa y convencida de que cometía una falta de moralidad, rehuía todo trato y roce con los del sexo fuerte. En diversos casos, habíase visto asediada por los galanteadores, escuchando frases más o menos halagadoras; pero demasiado creída de su inferioridad

y sometida al yugo de su marido, jamás había dado oídos a tales galanteos.

Y, ¡ya veis lo que son las cosas! Al lado de éste se sentía feliz y notaba un contento en su ser como nunca lo había experimentado.

— ¿Le molesta mi presencia a su lado, señorita?

— No... es... que... — con el rostro rojo como la amapola, no atinaba a contestar, pronunciando en su azoramiento tan sólo frases entrecortadas.

En un abrir y cerrar de ojos, dióse cuenta él de la timidez de ella y lo poco acostumbrada que estaba a sostener relación con los de su sexo. Para sacarla del apuro, díjola:

— ¿Estaba usted leyendo?

— Sí.

— ¿Me permite ver su libro?

Azucena, sin responder, alargó la mano, depositándolo en las de su interlocutor.

Al hacer esta pequeña operación, las manos de ambos rozáronse levemente. Al notar ella aquel contacto, un ligero estremecimiento inundóla de una emoción intensa.

Aquel acontecimiento no pasó inadvertido por el instinto del macho. No obstante, nada dió a comprender; miró el título del cuaderno y quedóse gratamente sorprendido al comprobar que aquella linda mujercita simpatizaba con sus libros favoritos.

Después de hojear ligeramente el libro, devolviólo de nuevo a su dueña, a la que preguntó:

— ¿Es usted de ideas libres?

— Lo soy de pensamiento, pero no lo practico.

— Y eso, ¿por qué? ¿Quién se lo impide?

— ¿Que quién me lo impide? ¡Ah, ya! Ignora que soy casada y por eso habla usted así, ¿verdad?

— Ignoraba que fuese usted casada, y de no decirme en estos momentos, no lo hubiese sospechado; pero aunque así sea, no creo que el marido sea un inconveniente para que una mujer proceda libremente, puesto que ésta puede considerarse lo suficiente capacitada para conducir sus pasos hacia senderos irreprensables.

— Sí, eso que me dice también lo he pensado yo. Los libros, los buenos se entiende, me han enseñado a despertar mi cerebro haciéndome ver claro, y me han dictado tesis que los que se han hallado en mi alrededor han tenido buen cuidado de ocultarme, puesto que ello era en favor lucrativo para ellos. Hoy que ya

C.D.H.S.-A.E.P.
 Barcelona

comprende y se enardece mi sensibilidad... me hallo ligada y sin voluntad para rebelarme. Ya, ¿qué voy a hacer? ¿Defender mis derechos de mujer? ¿Resignarme con mi suerte? ¡Ea! Que mi destino disponga de mí. Lo menos que puedo hacer es confiar en el porvenir.

Mientras Azucena formulaba su diálogo, Luis la contemplaba embelesado.

No apartaba sus ojos de aquel rostro hermozeado por el color sonrosado, que con mayor viveza había adquirido al expresar su sentir.

Luis, como si quisiera escudriñar en el interior del corazón de Azucena, miróla con mayor insistencia, acercóse lo más que pudo a su lado y tomándole la mano suavemente, díjole:

— Ante todo, discúlpeme mi libertad; pero no puedo por menos de decirle que tras esos ojos dulces y soñadores, se vislumbra una sombra de tristeza, lo que demuestra que usted en su matrimonio no es feliz. ¿Acierto?

Azucena, sugestionada por el mirar profundo de él y emocionada por el contacto de aquella mano y no habituada a tanta dulzura, apoyó su cabeza en el hombro de Luis, y sin articular palabra, dejó que resbalasen mudas y silenciosas lágrimas. Al desprenderse de sus ojos aquellas perlas cristalinas, una de ellas fué a estrellarse junto a las dos manos que fuertemente unidas se hallaban.

Luis, que no había reparado en este detalle, alzó con suavidad el busto de Azucena, que miró con veneración. Como movido por una fuerza irresistible, tomó con ambas manos aquel rostro dolorido, colmólo de besos apasionados, absorbiendo con afán y con placer aquellas lágrimas que, temblorosas, habíanse detenido sin atrever a desprenderse por temor a no poder contemplar espectáculo tan encantador.

Azucena, sin poder resistir, anhelosa de caricias, vibrando ante la llama del deseo, sin fuerzas para protestar, le dejaba hacer y se entregaba a los brazos del hombre.

Luis, en el paroxismo de su fiebre carnal, pretendió poseerla y gozar de su cuerpo el placer; pero Azucena, en un momento de lucidez, retornó a la realidad, y aunque estaba en su derecho de hacerlo, supo resistir y supo guardar lo que a la vista de la Sociedad era su honra.

¡La Sociedad! ¡La honra! ¡Qué sarcasmo! ¿Acaso

estancia a tu lado. Tu compañía me es por demás agradable, pero es tarde y he de acudir a tiempo, si no quiero tener ningún altercado.

— Sí; ve, Azucena. Lamentaría infinitamente que por causa mía te hallases con una escena desagradable. No puedo forjarme la idea de cómo es posible que haya seres que tiranicen de esta manera a la mujer.

Por unos momentos dieron en silencio. Levantáronse a un tiempo y quédronse las manos en señal de despedida. Se sentían felices el uno junto al otro, pero no podían prolongar el momento sin riesgo de una reyerta por parte de Azucena.

Al despedirse se cruzaron sus miradas con insistencia provocativa. Luis deseaba abrazarla de nuevo, pero no se atrevía. Temía enojar a Azucena.

Ésta comprendió la delicadeza de él, y, desprendiendo la mano de la suya, que aún permanecía entrelazada, tomó su rostro entre sus blancas manos, depositando un ardoroso beso sobre aquellos labios sensuales que supieron, raudos, despertarla a la felicidad.

Ante el contacto de la fresca boca de ella, el estímulo del macho volvió a resurgir, despertando con mayor fuerza la sed carnal. No obstante, supo contenerse.

Entalló la cintura de ella, apretándola contra sí, y desahogó su fiebre delirante, cubriendo su cara amarillada con apasionados besos.

— Azucena: después de haberte conocido y saboreado el placer de tus caricias, no podría ni sabría vivir sin volverte a ver otra vez.

— Ante todo, una pregunta.

— Pregunta, mujercita, lo que quieras, que estoy pronto a responderse.

— ¿Eres libre? ¿No tienes mujer, hijos, novia?

— No. De tenerlos y ser feliz con ellos no hubiese obrado como lo he hecho. Soy libre; pero aunque no lo fuese y me hallase en tu situación, procedería de la misma manera, sin que por ello me remordiese la conciencia.

— Bien; puesto que eres libre, volveremos a vernos. Una condición te pongo, y ésta es que nunca me pidas, mientras viva mi marido, lo que sabes que no te puedo conceder. Si esto es la honradez ante la opinión del vulgo, quiero ser honrada, y eso es todo. ¿Me comprendes?

— Sí, te comprendo. Y aunque reconozco que eres

una víctima de la llamada moral, puedes estar tranquila, que por iniciativa mía no llegaremos a más de lo que tú quieras.

— Gracias, Luis. No esperaba menos de ti.

— Antes de separarnos, bella Azucena, ¿dónde y cuándo la de ser nuestra primera entrevista? ¿No contestas? ¿Dudas?

— No, Luis; no es eso; es que, como yo no estoy acostumbrada a estas cosas, no sé qué responderte. Tú... quizá... sabrás mejor que yo. ¿No te parece? ¿Te ríes, Luis? ¿He dicho algo disonante?

— No, preciosa. Me río de tu candidez, cosa que me halaga, puesto que tras ella adivino algo grande, algo adormecido que nadie se ha encargado de despertar y que yo me propongo hacerlo, para bien de tu futuro porvenir.

— ¡Oh, Luis! ¡Cuán feliz me haces oyéndote hablar así! Pero el tiempo apremia; por favor, habla pronto, que yo me tengo que ir.

— Bueno; el lunes próximo, en este mismo lugar. ¿Lo dicho?

— Bien; lo dicho. El próximo lunes, aquí.

Con un nuevo abrazo y un beso prolongado despidiéronse aquellas dos almas que en tan breve plazo de tratarse habían sabido compenetrarse mutuamente.

Aunque Azucena apresuraba el paso, comprendía que no estaría a la hora en casa. Si el azar no deparaba otra cosa, hallaría a su marido en la misma, por cuyo motivo no dejaría de acarrearle un serio disgusto.

Por el camino meditaba. ¿Qué le diría? ¿Sabría mentir con el aplomo que su caso requería? O por el contrario, ¿desmentiría su rostro lo que ella le dijese? ¿Qué excusa podría alegar para no despertar sospechas? Sí, ya la tenía. Le diría que había encontrado una antigua conocida, con la que había entablado conversación, y hablando, hablando, se le había pasado el tiempo sin darse cuenta. ¿La creería? Lo ignoraba; pero, fuese lo que fuese, iría preparada para el ataque.

Como lo había sospechado, así fué.

Alfredo estaba ya en casa, y con una cara que demostraba a la vista la calidad de su temple.

Al abrir la puerta Azucena y fijarse en su marido

no necesitó más explicación. Era necesario prepararse para la defensiva. La actitud de aquél demostraba bien a las claras que no aceptaría razones de ninguna especie.

Con un aspecto feroz acercóse a ella y, cogiéndola por las muñecas y zarandeándola brutalmente, dijo:

— ¿De dónde vienes? ¡¡Perdida!! ¿Se te ha olvidado de que aquí el amo soy yo y que aquí se hace tan sólo mi voluntad?

Azucena forcejeaba para soltarse de las garras que le aprisionaban, tratando de disculparse.

Alfredo no la atendía. La estrujaba de un lado para otro, cual si fuera un pelele.

— ¿Dónde has estado, mala mujer? ¿Crees que vas a jugar conmigo?

— ¡Suéltame, verdugo! ¡Canalla! ¡Me pegas a mí porque no eres capaz de pegar a ningún hombre! ¡Te odio, cobarde!

Azucena, amparada por la fuerza de la razón, hizo un supremo esfuerzo y logró desasirse de aquel monstruo con figura humana. Retiróse a un lado; pero en vista de la nueva acometida de que iba a ser objeto, ya fuera de sí, apoderóse de un cuchillo que había encima de la mesa, y, con los ojos fuera de las órbitas y con el furor de una leona bravía, amonéstole de esta forma:

— ¡Como des un paso hacia mí, no respondo de lo que pueda ocurrir! He soportado cinco años de tiranía y no estoy dispuesta a resistirla más. ¿Me oyes?

«Debes saber que cuando me casé contigo lo hice con la ilusión de hallar en ti al buen esposo, al fiel camarada y al cariñoso compañero.

«Por mi desgracia y dolor, nada de eso encontré!

«¿Qué he obtenido de ti desde nuestra unión? ¿Comprensión? ¡No! No me comprendiste jamás. ¿Cariño? ¡Ja, ja, ja! ¡Déjame que me ría! ¿Cuándo ni cómo observé cariño en ti? ¿Cruzaré por mi cerebro el pequeño recuerdo de una palabra dulce, una frase amable, un poco de ternura? ¿Cuándo, di, se te ocurrió tomar mi cabeza entre tus manos para acariciarla, llenándola de besos, ¡besos!, no producidos por la fiebre lujuriosa del deseo? Nunca, ¿verdad?

«Desde que mi suerte se unió a la tuya, no he

tenido la satisfacción de contemplar un solo día tu rostro risueño.

«Tu cara tan sólo se ha transfigurado para producirme miedo y terror. ¡Cuántas veces, en mis horas de triste soledad, cuando estaba libre de tu mirar torvo y traidor, desahogaba mi pena y mi desgracia llorando! Sí, llorando; porque, ¿a quién podía yo contarle mi situación capaz de comprenderla?

«Si al unir mi vida a la tuya hubieses sido para mí lo que de ti yo esperaba, todo el sacrificio de que es capaz una mujer hubiese sido poco para complacerte. Yo necesitaba un pecho fraterno, en el cual pudiera cobijarme para manifestarle mis ansias, mis anhelos; pero el tuyo siempre estuvo cerrado para mí. Tú, con tu severidad y tu porte salvaje, me fuiste alejando tanto de ti, que ¡ya ves! no sé si te odio porque jamás lo sentí para nadie, pero sí puedo decirte que te aborrezco con toda mi alma.

«Creo que de no haber llegado a esta situación, nuevamente no me hubiese atrevido a decirte todo esto; pero, en parte, me alegro. Un día u otro tenía que ser.

«Me consumía esta situación embarazosa, y, por otro lado, estaba ya hastiada de vivir bajo el yugo de tus instintos brutales. Desde este momento, una barrera infranqueable queda alzada entre nosotros dos. Tu presencia ante mi vista no es más que un objeto de repulsión. ¡No; no soportaré más mi cuerpo la lascivia de tu contacto! No viviré a tu lado, porque, a la par que miedo, me das ¡asco!

«Ya no me importa lo que puedan decir. Viviré mi vida, que aún es tiempo de cicatrizar las heridas morales que de ti he recibido. Me libraré de prejuicios y haré lo que mi conciencia me dicte. Y ahora, si te atreves, acércate a mí.

Alfredo, como todos los cobardes, ante la actitud amenazadora de Azucena, no se atrevía a dar un paso hacia adelante.

Temía (tal era la fiera de la hembra ofendida) que, en su ciego coraje, cumplierse su amenaza. Ante tal estado de cosas, y por lo que pudiese sobrevenir, abrió la puerta con ira y, dando un tremendo portazo, largóse a descargar su cólera, quién sabe si con el primer transeunte que tropezase en su camino.

Entretanto, Azucena, al oír el ruido atronador de la puerta al cerrarse, como despertando de un letargo, dióse cuenta de que en su mano blandía el

arma que en un arrebato de locura hubiera podido ser su perdición. Tiróla con desprecio a un lado, y, ya más dueña de sí, dándose cuenta de que estaba sola, apresuróse a recoger sus enseres para huir de su casa antes que volviese su marido. A ciencia cierta, no sabía adónde iría a parar; pero lo esencial, de momento, era salir de aquella esclavitud, y una vez en la calle, ya vería qué partido tomaba.

Ya que hubo recogido sus ropas y los dineros justos para sus primeras necesidades, arreglóse un poco el pelo y ordenó sus ropas, desordenadas por la lucha sostenida.

Luego, cerciorándose de que no era espiada, dirigióse a toda prisa hacia una calle lindante a la suya, pero que podía pasar más inadvertida por ser ésta bastante más oscura.

Desde allí, doblando esquinas y cruzando calles, se dirigió a casa de su amiga Trini, ya que en su última entrevista hablaba dejado su dirección por si tenía gusto de visitarla. ¿Cómo la recibiría su amiga en su primera visita y en tan crítica situación? ¿Se lo aprobaría? ¿La censuraría? No; ella no podía hacer esto último, puesto que a su iniciativa era debido su proceder.

En fin; los nuevos acontecimientos tienen la palabra.

Son las once de la mañana. Y ésta, perezosa y cálida, como todas las mañanas de julio. En esta mañana calurosa, y en franca camaradería, dialogan Azucena y Trini.

Azucena, tendida sobre una cama, con abandono displicente; Trini, inclinada sobre los pies de la misma, en posición contemplativa. Veamos lo que dicen.

—Y bien, querida Azucena, ¿cuál es el punto definitivo que te ha obligado a tomar esta resolución? Para que tú, que eres tan apocada, lo hayas hecho, una fuerza muy superior ha tenido que obligarte.

—No sé, Trini. Cada vez que recuerdo la última escena vivida con Alfredo no puedo por menos de estremecerme. Yo, que no soy nadie, verme inducida, por defensa propia, a manejar un cuchillo, en ademán amenazador... Y, ¡quién sabe!, de no marcharse..., en mi ceguera..., lo que yo hubiese podido hacer.

—Y ahora, ¿qué ruta piensas tomar? Porque supongo que no querrás volver otra vez con él.

— Volver otra vez a su lado, eso sería como perder el juicio; pero mi camino a seguir lo ignoro todavía. Desde luego, por el momento pienso ponerme a trabajar; tú tienes buenas amistades, y de ti espero la solución de este primer asunto. Y después... El lunes, por la noche, ya te contestaré; entretanto, dejo pendiente la respuesta.

— Perdona mi indiscreción, pues no quisiera que ella te sirviera de enojo, Azucena; pero... ¿has de consultar con alguien?

Azucena sonrojóse ante aquella inesperada pregunta; pero convencida de la comprensión de su amiga, díjole:

— Sí, Trini. He de consultar con alguien. Con una persona que, ¡quién lo diría!, la conocí ayer.

— ¿Pero...?

— Comprendo tu asombro, pues a mí, en tu lugar, me ocurriría lo propio; mas yo te explicaré, y tú, mujer sensata y buena, después de haberme escuchado, me expondrás tu parecer.

En breves términos púsole al corriente de lo acaecido el día anterior con Luis y los motivos que habían provocado la riña y ruptura con Alfredo.

— ¿Qué dices tú a eso, Trini?

— Cualquiera persona ajena e ignorante de tu desgracia quizá te amonestase de mal proceder, pero yo, y quien, como yo, esté al corriente de tu triste vida, dirá que lo que tú has hecho, a la corta o a la larga, tenía que suceder.

— Gracias, amiga mía. No puedes imaginarte el alivio que tus palabras le prestan a mi pobre espíritu lacerado. ¡Si supieras cómo me atormentaba el pensar qué opinión te formarías de mí!

— Pues ya ves; pienso que ni tú ni ninguna mujer se ve obligada a soportar las impertinencias ni brutalidades de su compañero por muy superior que éste se crea.

— Oye, Trini; debido a la buena amistad que nos une, quiero que me hables con sinceridad. ¿Te resultará gravosa mi estancia en tu casa por unos días?

— Puedes estar en mi casa el tiempo que te sea necesario. Vivo sola, y a nadie tengo que darle cuentas.

— Haré uso de tu ofrecimiento y benevolencia por unos días, y después... ya me conoces: no caerán

en saco roto tus atenciones desinteresadas para conmigo.

— No hablemos de eso; eres mi amiga, y eso basta.

Al día siguiente salieron las dos.

Un sencillo vestido de calle, de corte irreprochable; finas medias de seda y unos zapatos propios para unos pies reducidos, eran el atavío de aquella figurilla de formas bien proporcionadas. Después de compuesta unióse a su compañera, que ya la estaba esperando, y las dos, en espera de nuevos acontecimientos, lanzáronse a la calle con el alma llena de iusión.

Es lunes, fecha en la que Luis y Azucena habían acordado encontrarse.

Cuando Azucena llegó al lugar designado, Luis ya estaba allí. Adelantóse él unos pasos para alcanzarla con las manos y así prestarla ayuda para subir sobre unas piedras sobresalientes y alcanzar el camino que la conduciría junto a él.

— Buenas tardes, Luis. Cuánto he tardado, ¿verdad?

— No, vida. Total, hace unos diez minutos que espero.

— Lamento que hayas tenido que esperar, pero no me ha sido posible ser más puntual.

— ¡Él, quizá?

— No, no tal.

— ¿Pues...?

— Déjame descansar, y ya te contaré. Tengo mucho que contarte.

— ¿De gravedad?

— Según quieras interpretarlo.

— No te entiendo.

— Aguarda, que ya procuraré que me entiendas. Sentémonos y escucha.

— Soy todo oídos. Dí.

— ¡Recuerdas el temor que tenía de llegar más tarde a casa que mi marido?

— Sí.

— Pues no eran vanos mis temores. Cuando llegué, él estaba ya, y ¡con qué genio! ¡Me maltrató de palabra y obra! La batalla fué dura; pero en un arrebatado de lucidez y energía me hice dueña de la situación. Cuando volví en mí, él no estaba en

casa, ocasión que aproveché para marcharme de ella, a la que no he vuelto a poner los pies.

— ¿Escapaste de él?

— ¡Sí!

— Y ¿dónde te albergas actualmente?

— En casa de una amiga mía, la que mira por mí como una hermana.

— ¿Volverás con tu marido?

— ¡No! Me ha hecho sufrir demasiado, y cuando me he decidido a dar este paso es porque estaba segura de él.

— ¿Qué piensas hacer, pues?

— ¿Qué me aconsejas tú? Confío en que eres un hombre y que de tu boca no puede salir nada que pueda perjudicarme.

— Ya que en mí depositas tu confianza, quiero hacerme digno merecedor de ella.

«Por el momento, continúa en casa de tu amiga. Entretanto, gestionaremos los trámites de tu divorcio; y, una vez seas libre, aquí están mis brazos, para apoyarte y prodigarte caricias sin fin.

— ¡Luis! ¡Bien mío! ¡Tú sí que sabes quererme! ¡Jamás, amado mío, latió mi pecho con tanta violencia!

Y sus bocas sellaron con un nuevo beso, dulce, prolongado, aquel pacto que había de conducirles a la felicidad. Permanecían con los cuerpos unidos por un fuerte abrazo, sin acertar a separarse. ¡Se sentían tan felices uno junto al otro! Por fin separáronse; y mirándose a los ojos y caminando muy juntitos, arrullándose y prodigándose mutuas caricias, caminaban... caminaban...

Se pararon. Tenían que separarse nuevamente, pero esta vez para irse a sus respectivos hogares.

— ¿Cuándo volveremos a vernos, nena?

— Cuando tú digas, bien mío.

— ¿Te parece para el jueves?

— Cuando quieras, Luis. Tú ya sabes que lo que tú quieras quiero yo, y lo que tú hagas está por bien hecho.

— ¡Vida! ¡Qué feliz he de hacerte!

— ¡Si lo soy ya, amor mío! Tan sólo al mirarte veo no sé qué de profundo en tus ojos... que me enerva, inundando de dicha mi ser.

— ¿De verdad, Azucena?

— Sí, Luis, de verdad.

— ¡Y no adivinas qué es eso?

— Creo adivinarlo, pero no sé si yo me sabré expresar.

— Yo te lo diré, nena. Lo que tú sientes es el amor; y a la par que el amor, el deseo del goce, que hasta aquí ha estado vedado para ti. Levanta esa cabeza, chiquilla, y no te avergüences, que la cosa no es para eso; pero, ¿verdad que estoy en lo cierto?

Azucena, con las mejillas sonrosadas por el rubor, dió un «sí» afirmativo con un movimiento de cabeza. Alzó la testa y, con la voz velada por la emoción, díjole:

— Veo que penetras en mis sentimientos; y como te quiero y tengo plena confianza en ti, hoy ya no puedo porque nos hemos retardado demasiado, pero el próximo jueves cuando nos veamos te pondré al corriente de parte de mi triste vida.

— Esperaré con impaciencia ese día. ¡Tengo tantos deseos de aliviarte en algo!

— Y yo, de descansar en alguien. ¡Se siente una tan confortada cuando desahoga su pecho en quien sabe comprenderla!

— Bueno: quedamos en que el jueves nos veremos en... ¿dónde?

— Donde tú digas; ya te lo he dicho.

— ¿Te parece bien en la plaza Tetuán, esquina Cortes?

— Bien. ¿Y a qué hora?

— Esta semana llevo el turno diferente. Si te es posible a las seis de la tarde, a esa hora; y si no, pido medio día de permiso y en paz.

— No, no pidas permiso; le pondré al corriente del asunto a mi amiga y yo creo que será razonable para comprender.

— Perfectamente. Así, pues, hasta el jueves a las seis. ¿No es eso?

— Eso es.

— Pues hasta ese día.

— Adiós, Luis.

— Salud, nena.

Y diéronse el beso de despedida.

Con el corazón desbordando contento llegó Azucena a la casa de Trini. Esta no había llegado todavía del trabajo. Faltaba media hora. Buscaría la labor de

su amiga y estaría preparada para, cuando llegase, marchar a cenar y dar una vuelta por las Ramblas. ¡Sentaba tan bien la brisa vespertina! Intentó coser algo, pero no podía. Era demasiado grato su pensamiento para poderlo reconcentrar en la costura. Cuantos puntos daba, otros tantos que tenía que deshacer. Cansada de no dar pie con bola, dejó la labor y fué al balcón para ver si divisaba a su compañera.

A lo lejos divisaba una silueta. Sí, era ella. Ya estaba allí. En cuanto llegase arriba, le contaría la conversación sostenida con Luis y la promesa de su apoyo.

— ¿Qué hay, Azucena? ¿Ya estás aquí?

— Sí; hace ya media hora que he llegado. Y por cierto que me he puesto a coser tu labor y no he conseguido dar un punto a derechas.

— ¿Causa? O una alegría muy grande o un pesar ídem. Pero como la cara no la haces de pena, creo que habrá sido lo primero. ¿Acierto?

— Sí, Trini. Tengo una alegría tan intensa, que el gozo me sale hasta por los poros.

— ¡Ya, ya! Por lo que veo, las impresiones son buenas.

— ¡Si tú supieras lo bueno que es! ¡Oh! ¿Sabes lo que me ha dicho? ¡Fíjate si es bueno! Pues me ha dicho que entretanto se gestiona mi divorcio, que me esté contigo; y que cuando me halle libre, que allí tengo sus brazos para apoyarme y acariciarme sin fin. ¿Qué me dices tú a eso?

— Pues que el hombre que se expresa en esa forma no lleva ningún mal fin.

— No, no es posible que me engañe. ¡Si tú le vieras! El jueves próximo volveremos a vernos. Nuestra entrevista ha de ser a las seis. Algo avanzada es la hora, pero como él trabaja... Procuraré que la entrevista sea breve; y en todo caso, si quieres, le diré que me acompañe hasta casa y así tendrás ocasión de conocerle.

— Como quieras. Si ese es tu gusto...

— Sí, haré que venga, y luego me dirás qué impresión te ha producido.

— De acuerdo.

— ¿Estás ya lista?

— Esperándote estaba.

— Pues en marcha.

Azucena no cabía en sí de gozo. El gran contento que experimentaba lo llevaba impreso en su sem-

blante. Estaba alegre y dicharachera. Dos o tres veces Trini tuvo que refrenar sus impulsos, pues si no hubiese sido por ésta se hubiese puesto a saltar y correr por la calle como una chiquilla traviesa.

— ¡Ay, Trini! — decía Azucena —. ¡Discúlpame! ¡Ha sido tan dolorosa mi existencia, que ahora, al disfrutar un poco de lo bueno de ella, no puedo reprimir la satisfacción que me inunda!

Trini, con bondad maternal, comprendiólo así y la dejaba hacer.

Nos hallamos en la sala judicial de divorcios.

En espera de que los llamen para declarar, vemos a un lado a Azucena acompañada de Trini y una buena vecina del antiguo domicilio de la primera que estaba al corriente de su triste vida, como testigos. Al otro lado se encuentra Alfredo, con la frente baja. Está solo. Quizá por temor a quedar mal, no quiso comprometer a nadie a sacar cara por él. Como espectador, Luis. Por curiosidad, varias personas ajenas al acto. Frente a ellos y con ademán adecuado para estos casos, el juez, que les interroga. Levántase la demandante.

— ¿Qué causas alega para tomar esta determinación?

Azucena temblaba. La emoción entrecortaba sus palabras. Por fin pudo decir:

— Yo, señor juez, alego que mi vida se me ha hecho insoportable al lado de ese hombre. Cinco años he vivido a su lado, en los que no puedo agradecerle una hora de bienestar. Mi vida para con él, más que la de una compañera, ha sido la de una esclava. Me ha maltratado de palabra y de obra. Por egoísmo o por ignorancia, jamás se preocupó de darme a conocer lo que la Naturaleza exige a todo ser mortal. Me pega y se embriaga.

— ¿Tiene usted testigos que puedan testimoniar la veracidad de sus palabras?

— Los aquí presentes.

— ¿Qué defensa puede presentar el otro cónyuge para contrarrestar esta acusación?

Alfredo, comprendiendo que la fuerza de la razón estaba de parte de su mujer, y reconociendo su vileza y mala conducta para con ella, se limitó a inclinar la testa y respondió:

— Ninguna.

— Entonces queda por reconocido cuanto ella ha dicho y le será concedida la libertad en el plazo que el jurado crea conveniente. Pueden despejar la sala y se les avisará cuando se haya deliberado la causa.

Al escuchar las últimas palabras del juez, Azucena sintió pena y alegría. Pena, porque, buena al fin, compadecía a aquel ser embrutecido que, de tener otro comportamiento, lo hubiese querido, si no con pasión, cuando menos dulce y tiernamente. ¿Qué haría ahora sin ella? ¡Bah! ¡No quería pensarlo! Alegría, porque allí cerca de ella la aguardaba él, su Luis. Con él, ¡qué feliz viviría!

Sacáronla de sus meditaciones sus acompañantes, que unieron a una junto a ella. Con extensa demostración de júbilo felicitaronla. Comentando cada cual a su manera, estrechamente unidos Luis y Azucena, fueron desalojando el recinto. Ya en la calle, se despidieron todos. Al día siguiente Luis iría a casa de Trini para acordar las formalidades de la nueva unión. Los dos enamorados diéronse un fuerte apretón de manos (otra cosa no podía ser ante testigos), y con una mirada profunda y expresiva dijéronse:

— Hasta mañana.

Saludó respetuosamente a Trini y fué en dirección a su casa. Las dos amigas hicieron lo propio.

Sonó el timbre.

— ¿Quién va? — dijo Trini, a la par que abría la puerta —. ¡Ah! ¿Es usted?

— Sí, yo soy. ¿Le asombra?

— No. Le esperábamos. Pase, pase usted.

— ¿Y Azucena?

— Allí la tiene usted; con unos colores que ni medida en un tarro de colorete sale mejor compuesta.

— Sí, ya me lo figuro. Estará cien años junto a mí y no habrá abandonado el rubor de sus mejillas.

Azucena, ante la presencia de Luis y la atención de que era objeto, sintió que su rostro se coloreaba con mayor fuerza.

— ¡Vamos, chiquilla! — dijeron a dúo Luis y Trini —. ¿Hasta cuándo te va a durar esa timidez?

Rieronse los tres.

Después del saludo de cumplido, Trini, prudente, alejóse de la estancia para entregarse a sus ocupacio-

nes y permitir que hablasen a sus anchas de sus proyectos.

Quedaron silenciosos por unos momentos.

Luis adujo:

— Hace un calor sofocante, ¿verdad, nenita?

Azucena, con la cabeza baja y un movimiento de ella lo afirmaba.

— ¿Por qué me contestas de esa manera, chatilla? ¿Es que te ocurre algo?

— No, bien mío. ¿Qué quieres que me ocurra?

¿Puede ocurrirme algo más grande que sentir la emoción que siento cuando te veo junto a mí?

— ¡Vida mía! ¡Déjame que te estreche contra mi pecho!

— ¡Por Dios, Luis! ¿No te das cuenta de que Trini puede vernos?

— No nos puede ver; y si nos viera... Ella también debe saber lo que es querer y que cuando el cariño es firme no encuentra trabas.

— Si tú lo dices... será verdad.

— ¿Me permites que te abrace?

— ¿Cómo he de poder negártelo, cuando me has robado por completo el corazón?

— ¡Azucena! ¡Con cuánta ansiedad espero el día que pueda llamarte mía!

Un beso silencioso, pero impregnado de ilusión, fué motivo para que quedase el inmueble en una quietud que permitía escuchar el palpitir acelerado de sus corazones.

Saturada de placer y sofocada ante el temor de ser vista, retiróse Azucena de la dulce opresión de los brazos de Luis.

— ¡Qué hermosa estás cuando se enciende más el color de tu cara! — díjole él.

— Me aturdes de tal manera con tus palabras, me desconciertas de tal forma, que llego a un extremo que no sé ni lo que me hago.

— Bueno, sentémonos, y ya no lo haré más... hasta la próxima vez. ¿Te ríes? Eso, pues, quiere decir que no hay enfado. Dejando todo esto por el momento, vayamos al asunto que aquí me trae. ¿Tu carácter y el de Trini congenian?

— No creo que se encuentren otros que se avengan mejor que el nuestro.

— ¿Sería posible nuestra vida al lado de la de ella?

— Por mi parte no hay inconveniente.

— Así, nosotros de acuerdo. Ahora falta consultar con ella y veremos si está conforme. ¿La llamamos?

— Sí, llamémosla. ¡Trini!

— ¿Me llamabais?

— Sí. Oye, Trini. Este y yo pensamos unirnos en breve plazo. Por el momento, como tú vives sola, si no ha de ser un inconveniente para ti, hemos acordado, si es de tu agrado, quedarnos a vivir contigo hasta que cambien las cosas, marchándonos luego si ese es tu deseo. Con toda el alma te pedimos contestes con sinceridad. Sea cual fuere tu respuesta, la aceptamos por buena.

— Con sinceridad voy a contestaros. Acepto vuestra propuesta; podéis quedaros hasta que sea necesario, y ¡quién sabe si para siempre!

— ¡Gracias, Trini! ¡Siempre serás la misma!

— Vamos a otra cosa, Azucena — dijo Luis.

— ¿Qué es ello?

— Para que no dudes un solo instante de mis intenciones, no es de mi gusto unirme a una mujer bajo ningún contrato; pero para que no dudes de mi fe, te repito, me casaré por lo civil si esa es tu voluntad.

— Y ahora yo te respondo, amado mío, que los cinco años que llevé de casada ante Dios y ante los hombres no fueron suficiente garantía para proporcionarme la felicidad. Con eso quiero decirte que el día que tú quieras fijaremos la fecha de nuestra unión y nos uniremos libremente, sin ceremonias ni contratos. ¿Te parece bien?

— No esperaba otra cosa de ti. Sabré corresponder como tú te mereces.

— ¡Y tú, Trini, no dices nada?

— Sí... Que la emoción me embarga y que me parece muy bien cuanto habéis propuesto.

— Pues, ¡ea!, prepararemos la habitación que para nosotros destines y, cuando esté lista, fijaremos la fecha y se consumará el hecho más esencial de nuestra vida.

C. D. H. S. - A. E. P.

Barcelona

les. — 477. *El hijo de la obrera*, de R. Villalba. — 478. *El dilema de María Solá*. — 479. *Cómo se debe amar*, de Ricardo Peña. — 480. *La cosecha, sus encantos y sus dolores*, de Salvador Cano. — 481. *Amor prostituido*, de Francisco Hecho. — 482. *Crímenes en Tierra firme*, de M. Teresa Gibert. — 483. *Tragedia y Redención*, de Félix León Vicente. — 484. *Una novela vivida*, de D. Bohigas. — 485. *Carmen*, de Manuel Andueza. — 486. *El singular testamento*, de M. Badía Colomer. — 487. *La huelga*, de F. Moles Güell. — 488. *El alma de Andalucía*, de J. Reinoso Ortega. — 489. *El desierto*, de Clemente Cimorra. — 490. *Odio y amor*, de Angela Graupera. — 491. *En las garras de la lujuria*, de Gregorio Gallego. — 492. *Prejuicios tradicionales*, de L. Martínez Gracia. — 493. *La vida de José*, de Miguel P. Cerdón. — 494. *Sor María de la Cruz*, de Federico Urales. — 495. *Jorge y Margarita*, de Sergio de Montemar. — 496. *Vivir*, de Ventura Manceto Santin. — 497. *Mujeres*, de Cecilia García. — 498. *Usted no es mi padre*, de Juan de la Flor Burgos. — 499. *¡Libres!*, de Pedro Sánchez Martín. — 500. *Las que tienen y las que no tienen marido*, de Federico Urales. — 501. *Rosalía*, de Ponciano Alonso. — 502. *Los nuestros*, de A. Fernández Escobés. — 503. *La alondra remonta el vuelo*, de Antonio Alarcón. — 504. *Rimas del arpa de la vida*, de Antonio Pedraza Palomo. — 505. *El rapto de Matilde*, de Federico Urales. — 506. *Flor de Pasión*, de Regina Opisso. — 507. *Un drama que no es de amor*, de A. Martín. — 508. *Rompiendo las cadenas*, de René Progrés. — 509. *Falsa ilusión*, de Valentín Obac. — 510. *¡Tú, mi hermana!*, de Margarita Amador. — 511. *La fuga de un condenado*, de Manuel López Sánchez. — 512. *¡Justicia!*, de José Oliver Ramón. — 513. *Sor Blanca*, de Juan Martínez González. — 514. *Liberto*, de Gonzalo Vidal. — 515. *El triunfo del amor*, de Manuel Herrera F. — 516. *Que no supo vivir su amor*, de Carlos Aledo. — 517. *La sobrina de cura*, de Federico Urales. — 518. *El crimen de los padres*, de Antonio Serrano. — 519. *El párroco de San Andrés*, de Antonio Vela. — 520. *Regenerada por amor*, de Helio Fraternal. — 521. *La hermana del cura*, de Federico Urales.

DE TODAS ESTAS NOVELAS

SE SIRVEN COLECCIONES

PRECIO DE CADA VOLUMEN: 20 CÉNTIMOS